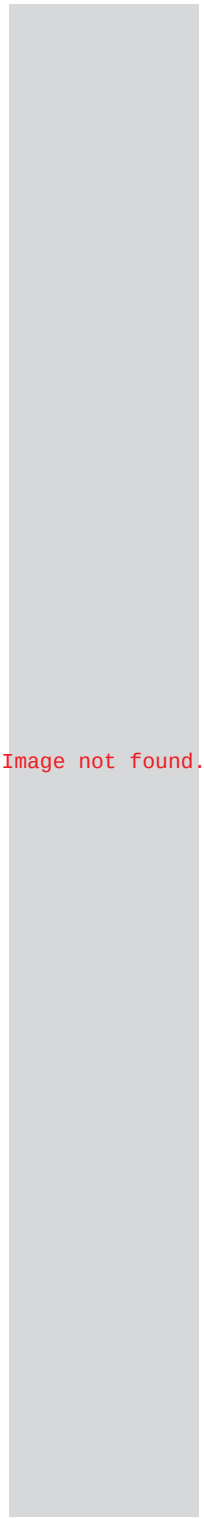
La otra cara de la noche

Carlos Egúsquiza Torres



Capítulo 1

Esteban se dirigía a su casa después de haber trabajado arduamente en un restaurante de Lurín. Llevaba consigo un sobre con la paga correspondiente al mes de mayo. Mientras pensaba en cómo iba a gastar su capital, el bus en donde iba hizo una parada producto de una luz roja. Volteó su cabeza al lado derecho del bus y pudo notar que se encontraba en una de las entradas del cementerio de Lurín.

— ¡Verdad! El cumpleaños de la abuela es mañana y no le he comprado nada —pensó. — Me parece que en una de estas puertas había una tienda de flores.

La luz cambio a verde y el bus siguió su trayecto. Mientras avanzaba, notaba que la carretera perdía su luminosidad y era envuelta por una penumbra que producía escalofríos. Al cabo de unos segundos, logró divisar una luz tenue que alumbraba un solitario puesto de flores situado al frente de la puerta principal del cementerio. Este, sin importarle nada, hizo detener el bus y bajo corriendo al puesto de flores.

— ¿Tiene orquídeas blancas? —preguntó mientras buscaba un billete de 50 soles. — Claro que sí joven. Ya estaba a punto de cerrar. ¡Qué suerte la suya! —contestó el vendedor con amabilidad.

Esteban, sin decir nada más que gracias, pagó las flores, cruzó la pista y se dirigió al paradero que se encontraba en la puerta principal del cementerio. Al llegar, notó que el cementerio estaba cerrado y totalmente desolado. Luego de unos minutos, un bus en dirección opuesto a su destino recogía al vendedor dejándolo solo por completo.

Ya eran las 10 de la noche y el frío junto la soledad y la oscuridad hacían que el miedo se apodere de su mente. Cuando de pronto, unos galopes rompieron el silencio sepulcral que había. Este provenía de un monte inmenso de tierra que se encontraba a varios metros de distancia a la espalda del puesto de flores. Notó que una figura oscura se acercaba a gran velocidad. Esteban envuelto por el pánico se escondió detrás de un árbol con arbustos que se encontraban a unos pasos del paradero. Alzó la cabeza y, forzando la mirada, trató de distinguir qué era.

— ¡Eh! ¡Tranquilo! —sonó en la oscuridad.

Un hombre extraño se dirigía a la puerta del cementerio. Al llegar, uno de los focos a medio encender de la entrada principal permitió que Esteban observe al individuo con más claridad. Era un hombre de, aproximadamente, 2 metros de alto. Su tez de piel era clara y sin imperfecciones. Su cabello era negro azabache y largo hasta el mentón. Vestía unas botas negras de cuero con un estilo antiguo de pirata, un

pantalón holgado de color gris hasta la cintura, una camisa negra manga larga perfectamente fajada al pantalón y una correa del mismo color con una hebilla plateada con forma de cabeza clava. De pronto, una tos involuntaria e improvisada, producto de su nerviosismo y del intenso frío, expuso su ubicación.

— ¿Quién anda ahí? —preguntó el hombre. — ¡Déjate ver! No hagas que vaya por ti que mi paciencia es escasa —dijo con voz fuerte.

Esteban, envuelto en un miedo atroz, dejó las orquídeas a un lado del árbol y salió de su escondite para presentarse. — Bue... Buenas noches, señor. Disculpe que lo incomode. Solo estoy esperando a que pase mi bus para ir a casa —dijo tembloroso.

— ¿Esperando tu bus? Sabes que no pasará ninguno hasta mañana —dijo el hombre mientras sus penetrantes ojos negros miraban fijamente a Esteban.

— ¿Hasta mañana? Pero… ¿Cómo se supone que llegaré a casa? —exclamó preocupado.

El hombre, un poco menos agresivo, volteó la mirada en dirección opuesta al paradero, como si buscará a alguien o algo. De pronto, su rostro transformó su mirada de desconfianza por la de una sonrisa que finalmente fue dirigida hacia Esteban.

— Interesante. Te propongo algo, chiquillo. —Dijo mientras hacía tronar las articulaciones de sus manos. — Si me ayudas esta noche, te prometo que llegarás completamente seguro a casa.

— Bueno… Pero, antes que nada, ¿qué garantía tengo de que usted cumpla su palabra? —peguntó sin quitar la mirada de las robustas manos del hombre.

— Ninguna. Pero estas completamente solo, en frente de un cementerio, sin la posibilidad que alguien acuda en tu ayuda si eres víctima de algunos maleantes. No tienes muchas opciones, ¿verdad? —culminó con una mueca de victoria.

Esteban, al oír esto, no pensó nada más que en el dinero que había recibido ese día. Involuntariamente, colocó su mano en su bolsillo trasero del pantalón como ademán de poseer algo de gran valor. Sabía que debía dejar de lado su cobardía y aceptar la oferta del hombre.

— Acepto —dijo el muchacho con un tono aún vacilante—. Pero, antes de todo, quisiera saber.... ¿Qué tarea debe realizar usted que necesita de mi

ayuda? —preguntó el joven.

— No tienes nada de qué preocuparte. Solo estoy cumpliendo con mi trabajo. Nada ilegal por si lo piensas —manifestó mientras hacía un ademán como si llamara a algo o a alguien —¡Verdad! Casi lo olvido. Yaku nos acompañará toda la noche —dijo mientras se dirigía al portón de hierro del cementerio.

— ¿Yaku? ¿Hay alguien más con nosotros? —pensó el joven.

Esteban, algo confuso por lo mencionado, se preparaba para preguntar. Cuando de pronto, en medio de la penumbra, salió un caballo de color gris oscuro, con el pelaje de las crines y de la cola totalmente blancas. Poseía unas patas largas y musculosas con unas pequeñas manchas blancas en ellas. Unos enormes y brillosos ojos negros que miraban fijamente al muchacho sin parpadear. Este avanzaba en dirección hacia el muchacho, cuando de pronto, un grotesco sonido atrajo la atención de ambos.

— ¡Maldita Sea! Bueno… el dueño tendrá que comprar otro —exclamó con frustración mientras botaba al piso los residuos de un candado triturado.
— ¿Qué esperan? ¡Entremos! —finalizó.

Luego de abrir el portón, el muchacho, junto al hombre y el caballo, ingresaron rápidamente al lugar. El sendero del cementerio estaba hecho a base de piedras esparcidas como granizos de arena. Las áreas ajenas al sendero eran cubiertas por una sábana verde de pasto uniforme y perfecto. La luz de la luna y el pobre alumbrado interno del cementerio permitían que Esteban pueda visualizar con dificultad gran parte del sendero. Los visitantes siguieron caminando hasta llegar a una pileta pobremente alumbrada que dividía en 2 el sendero.

— Que raro… Todo está muy tranquilo —dijo el hombre pensativo—. Bueno… Parece que tendremos que dividirnos. ¡Yaku! Sigue el camino de la izquierda y yo el de la derecha. Y nuestro pequeño amigo… Se quedará en esta pileta hasta que volvamos o algo extraño suceda —finalizó con una sonrisa dirigida a Esteban.

El animal, que, de alguna u otra manera entendía lo que el hombre decía, lo quedó mirando y relinchó como si le reprochara algo.

—¿Qué sucede Yaku? ¡Verdad! Casi lo olvido—exclamó mientras buscaba algo en uno de sus bolsillos delanteros — Ten, muchacho. Te mantendrá vivo si sucede algo.

El muchacho recibió el objeto de forma involuntaria y vio cómo el hombre sonreía al animal en busca de algún elogio. Sin embargo, el caballo le fijó una mirada de desaprobación para luego sacudir la cabeza en forma de

resignación mientras se dirigía al nuevo sendero.

Esteban, luego de ver tal escena, dirigió la mirada a las palmas de su mano para analizar el objeto. Era un talismán plateado perfectamente circular con la forma de una cabeza de clava. De uno de los extremos, oscilaba una delgada cuerda negra que le permitía colgarla en el cuello.

— ¿Mantenerme vivo? Está bromeando ¿verdad? —pensó mientras comprendía lo que había dicho el jinete.

Esteban, completamente perplejo, alzó la mirada, pero el animal y el hombre ya habían desaparecido rumbo a sus respectivos senderos. El muchacho, en una serie de sentimientos encontrados, decidió optar por esperarlos en la pileta.

Habían pasado ya varios minutos, pero ningún indicio del hombre o del caballo parecía darse. La noche se hacía cada vez más perturbadora y el silencio más escalofriante. Esteban, sentado en uno de los muros de la pileta, comenzaba a preocuparse.

— ¿Qué estarán haciendo? ¿Por qué tanto demorarán? ¿Estarán robando algo? —pensó mientras jugaba con el agua estancada de la pileta. Sin embargo, estos pensamientos fueron interrumpidos por unos ligeros ruidos que provenían desde la entrada.

— Jar Jar Jar…. —sonaba ligeramente.

El muchacho, algo curioso, volteó la mirada a la entrada del sendero buscando la causa del ruido. No obstante, el ruido cesó inesperadamente. En un acto de dejadez, volvió la mirada a la pileta para seguir jugando.

— Jar jar jar… —sonó nuevamente.

El muchacho de un brinco saltó de la pileta a la base de piedras del sendero. El ruido era más fuerte y comenzaba a incomodarlo. Esta vez, el ruido no paró y comenzó a aumentar. A lo lejos, y con dificultad, pudo divisar que una silueta se dirigía a él con gran velocidad. Sorpresivamente, una bestia saltó de la penumbra al área iluminada. El muchacho retrocedió bruscamente producto del pánico, tropezándose y cayendo al suelo de piedras que rodeaba a la pileta. Alzó la mirada y lanzo un grito ahogado.

La cabeza de un hombre, arrugada y sucia, lo miraban fijamente con unos endemoniados ojos rojos. Unos dientes afilados de color dorado sobresalían de su boca. El muchacho, bajó la mirada y notó que el cuerpo del hombre estaba totalmente cubierto por un pelaje rojizo como el de las

llamas. Además, reemplazaba pies y manos por pezuñas.

— ¿Qué demonios es esto? —pensó mientras se incorporaba.

La bestia, lo siguió mirando fijamente, como si tratara de hipnotizarlo. Pero al ver que no había efecto, retrocedió un poco como si se preparase para atacar. Infló el pecho y escupió una especie de flema negra. Esteban, al ver esto, volvió en sí y pudo esquivar rápidamente el fluido. A pesar de ello, un poco de la flema salpicó hacia su brazo.

— ¡AHH! —soltó un alarido.

La flema negra estaba hirviendo. Tan elevada estaba la temperatura, que el fluido sin penetrar su ropa le estaba irritando la piel. El muchacho arrodillándose por el dolor, miró fijamente a la bestia mientras esta se le acercaba. Resignado cerró los ojos esperando su fatídico final, pero un ruido escandaloso cautivo la atención de la endemoniada bestia.

— ¡Así te quería atrapar! Maldito depravado —dijo el jinete.

El hombre se abalanzó contra la bestia y luchaba por mantenerla quieta. Sin embargo, la bestia logró zafarse de los brazos de este y se alejó lo suficiente con una actitud ofensiva. Infló el pecho y lanzó el viscoso fluido contra el jinete. Este logró esquivar gran parte de la flema, pero una parte de esta le cayó en el hombro izquierdo.

— ¡Hijo de llama! ¡Esta camisa la acababa de comprar, maldito! Ahora si… Junta esas pesuñas y reza porque te haré charqui.

Apenas el hombre terminó de maldecir, una figura saltó y envistió a la bestia tirándola al suelo. Era Yaku que acababa de entrar al enfrentamiento. Giró la cabeza en dirección a su lomo y sacó una soga con la boca que rápidamente lanzo al hombre.

— Perfecto Yaku. Por eso te quiero —exclamó mientras sujetaba a la bestia que aún se encontraba aturdida.

El hombre comenzó rápidamente a amarrar a la bestia, pero apenas terminó de colocar el primer nudo, la bestia reaccionó y se abalanzó contra él. El caballo, inmediatamente, sujetó un extremo de la cuerda y jaló con fuerza haciendo que la bestia caiga de espaldas contra el sendero. Aprovechando la acción del animal, el hombre sacó de su bolsillo izquierdo una especie de funda y desenvaino un cuchillo. Este, con rapidez, clavó el puñal en la frente del animal dejando a la bestia inmóvil.

— ¡Rayos! Este infeliz se quiso hacer el difícil. Ahora ya está tranquilo —exclamó mientras se acomodaba su vestimenta — ¡Eh! ¡Chiquillo! ¿Qué

haces ahí tirado? Ven aquí para que nos ayudes.

Esteban, sin saber que decir, se levantó y se dirigió hacia donde estaba el hombre limpiando su puñal con sus manos.

— ¿Qué rayos es eso? —Preguntó mientras miraba fijamente a la bestia.

— Era una Jarjacha —Respondió.

— ¿Una Jar qué? —Volvió a preguntar.

— ¡Una Jarjacha! —exclamó el hombre—. Es un hombre o mujer que ha sido castigado por los dioses por cometer incesto. Lo transforman en un monstro con cuerpo de llama y cabeza de hombre. Estos hipnotizan a sus víctimas para poder asesinarlas y alimentarse con sus sesos. Estos dioses y sus castigos raros. Nadie los entiende —dijo mientras quitaba la soga del cuerpo.

— ¿Hipnotizan? —dijo con curiosidad—. ¿Entonces, porque no fui hipnotizado por él? —finalizó.

— Es por el talismán que te di. Te protege de los efectos mentales, pero no de los físicos. Cuando el infeliz se dio cuenta que no podía controlarte optó por herirte para asesinarte con tranquilidad —dijo mientras guardaba su puñal en su funda.

El caballo, al oír esto, lo miró frunciendo el ceño y con una actitud de reproche. El hombre seguía parloteando como si no hubiera un mañana.

— Nosotros esperábamos a que la bestia desespere para poder atacarla. Es más fácil someterla cuando pierde la paciencia. Sin embargo, escupir flema negra hirviendo fue lo nuevo. Definitivamente, no lo vi venir —finalizó con un porte de vencedor.

— Entiendo… un momento, ¿cómo que estaban esperando a que el animal desespere? ¿Estuvieron escondidos todo este tiempo? —preguntó el joven algo molesto.

El hombre soltó una carcajada para ocultar su nerviosismo y finalizó con una sonrisa de resignación mientras su mano derecha acariciaba su cabeza.

— Bueno…. No sabíamos que estábamos cazando y no había indicio de alguna bestia o demonio. Así que te usamos como señuelo para atraerla. La gran mayoría usan efectos hipnóticos para cazar. Por suerte no fue un pishtaco, sino estarías muerto —dijo soltando una carcajada de

vergüenza.

El animal avanzó con rapidez hacia el hombre que se encontraba a pocos metros de él. Alzó su pata derecha y le propinó una patada en el hombro.

— ¡Ay! —gritó el hombre mientras el caballo lo miraba fijamente. —Está bien… ¡Dejaré de hablar! Pero ayúdanos con las heridas, por favor —exclamó resignado.

El caballo se dirigió a la pileta y succionó un gran sorbo de agua. Sin tomar ningún sorbo, se dirigió hacia donde estaban los demás.

— ¡Estira tu brazo! —le dijo el hombre al muchacho.

Esteban, sin vacilar, estiró el brazo irritado hacia el hocico del caballo. El animal, delicadamente, comenzó a verter el agua en la zona afectada.

— Está heladísima —dijo con asombro.

Sentía que su brazo se adormecía y comenzaba a sanar. Su cuerpo comenzaba a relajarse. Nunca había tenido tal sensación de felicidad.

— ¿Se siente bien verdad? Es uno de los mejores trucos de Yaku —dijo el hombre con afán de presumir.

— Sí… No lo voy a negar. Es impresionante —dijo el muchacho.

— Claro. Pero si se vierte con gran presión puede dejar inconsciente a cualquiera. ¡Observa! —dijo mientras se acercaba de forma traviesa al animal.

El animal alzó la cabeza para evitar cualquier tontería del hombre. Sin embargo, fue demasiado tarde, ya que el jinete, en el último instante, logró aplastar las mejillas del caballo originando un potente chorro que agua que impacto directamente a la cara del joven.

— Yaku que hici… —escuchó Esteban mientras caía inconsciente.

De un golpe, el muchacho despertó, pero ya no estaba en el oscuro cementerio. Lanzando la mirada por todos lados se dio con la sorpresa que se encontraba en su cuarto.

—¿Cómo rayos llegué? ¿Fue un sueño? Ni que fumara hierba para alucinar todo eso —pensó.

Mientras se incorporaba, recordó el sobre con dinero que había recibido ese día. Con su mano, comenzó a rebuscar en sus bolsillos, pero nada. Ningún indicio del sobre. Resignado, se sentó en su cama. Pero antes de

que pudiera soltar alguna grosería, fijó la mirada en una de sus mesas de noches y notó que el sobre se encontraba ahí. Pero, no solo eso estaba ahí, sino el talismán, una pequeña bolsa y una hoja de papel arrugado. El joven se dirigió a la mesa de noche y cogió el papel.

"Chiquillo, lo prometido es deuda. Te dejamos en tu casa sano y salvo. Disculpa la irresponsabilidad de Yaku. Ese caballo no sabe comportarse. Te hemos dejado el talismán como recuerdo y una bolsita con monedas de plata. Y si te preguntas cómo supimos dónde vives, pues Yaku lo sabe todo. Mentira, solo buscamos tu DNI. Me despido y espero nos volvamos a ver. Este caballo ya me está mirando feo. P.D. Cuida a tu abuela, la mujer no se despierta con nada."

Esteban, con una sonrisa de lado a lado, guardó la nota en su bolsillo y se dirigió hacia la cocina porque moría de hambre. Saludó a su abuela que se encontraba hablando por teléfono en la sala y siguió de frente. Cuando estaba a punto de abrir la refrigeradora escuchó:

— Esteban, ven por favor —dijo la anciana.

— ¿Qué sucede abuela? —preguntó.

— Tu jefe me acaba de llamar y dice que hoy no vayas a trabajar. Han asesinado a su señora —dijo con pesar.

— ¿La señora Aída falleció? —preguntó perplejo.

— Sí. La encontraron desnuda y con una perforación en la cabeza cerca al cementerio de Lurín. ¿Qué clase de demente le haría eso a una mujer? —exclamó con impotencia.

— Ni idea abuela. Pero uno nunca sabe lo que la gente haría por dinero —exclamó mientras trataba de ocultar su pálido rostro.